

11-9-80

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC es independiente en su línea de pensamiento y no acepta necesariamente como suyas las ideas vertidas en los artículos firmados

DECÍA Juan Ramón Jiménez que clásico significa lo que está vivo. Y le doy la razón. Pero dentro de

lo clásico también es verdad que hay muy poco vivo. La diatriba es grande mundialmente. Creo más vivo a Fernando de Rojas que a D. Pedro Calderón, o a Goethe más que a Schiller, y así podríamos ir haciendo comparaciones interminables.

Lo que más me preocupa de lo vivo que puedan tener los clásicos es las manipulaciones de tipo político que otros puedan hacer de ellos. Manipulaciones hechas por «los arrimones», que así llamaba Larra a los manipuladores de los clásicos. Algunos arrimones, sin tener siquiera un concepto digno del lenguaje, del misterio y hasta del rito y mito que pueda encerrar cualquier obra clásica, se lanzan a manipularlos dando a lo vivo-clásico un sentido político dominante, a veces repulsivo. No hay mayor refugio para esconder frustraciones que utilizar el teatro y, sobre todo, utilizarlo como un arma política. Entonces raras veces se consigue un objetivo firme. Decía Pérez de Ayala que los cómicos eran una raza aparte. ¿Por qué? Tal vez por eso: porque la mayoría utilizan el teatro como refugio de frustraciones, en su mayor parte vitales, pero también políticas. Pocos arrimones se liberan de esta frustración política. «La raza aparte», de Pérez de Ayala, representa un largo camino de seres alienados, de una vanidad y un orgullo tal que, al final, en su despertar, podría pintarlos un Valdés Leal para asombro de ellos mismos. Y en qué grandes y hermosos cuadros, llenos de soledad y angustia barroca, podrían observarse estos seres. A todos habría que cantarles o recordarles las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre.

No hay un libro más entretenido y curioso, superior incluso a los descubrimientos actuales de los hispanistas Vary y Shergol, que el «Viaje entretenido», de Agustín de Rojas. En él observamos la miseria y grandeza heroica de nuestro teatro clásico en la calle, mejor dicho, de los comienzos de este teatro. Los clásicos en la calle; representados en la calle, han tenido una enorme atracción y una fuerza ética, estética y emocional insuperables. Han servido, casi siempre, para demostrar cómo lo que hay vivo en ellos el pueblo sabe recogerlo, agradecerlo y aplaudirlo. Los arrimones que esto saben han utilizado en seguida sus armas políticas para desvirtuar la belleza clásica y eterna, envenenando a los demás con fines bastardos y comerciales. Han sido, en su mayor parte, la mentira de los clásicos. Y es una pena que en el repaso que hagamos a diversas épocas, espacios y tiempos, los clásicos se vean utilizados por frustraciones de hombres que quieren combatir su propia miseria intelectual y política, dañando la verdad de lo que pueda tener vivo un clásico. Estos hombres han sido apoyados por Gobiernos o partidos políticos de más decadencia y miseria aún. Se debiera destruir de una vez para siempre la idea de que el teatro caminara unido a la política, de tal manera que la obra dramática fuera apreciada en su justo valor sin necesidad de ribetes de tipo político que casi siempre destruyen o ensalzan lo que

El teatro en la calle

LOS CLASICOS: SU VERDAD Y SU MENTIRA

no tienen por qué. No ya la obra de un clásico, sino la de un autor actual.

En los años cincuenta y sesenta mis experiencias sobre los clásicos en la calle fueron muchas y de muy diversas índoles, así como las que he tenido últimamente en nuestro año ochenta. He visto vivir a los personajes de los clásicos bajo la vida y la hermosura que nuestra juventud sabe dar cuando camina sin resabios políticos, sino con el desprendimiento, la lozanía y la alegría que la misma juventud, cuando es pura, lleva en sí. No hay hecho dramático, que se precie de tal, sin alegría. De entre los directores teatrales más señalados en esta hora mundial, pocos son los que saben darle alegría a un texto dramático. La tragedia clásica griega, representada sin alegría, pierde bastante como obra de arte. Es tan triste y tan falsa como la neoclásica. Bien es verdad que esta alegría tienen que aportarla todos los que intervienen en el hecho teatral. Igualmente digo para el montaje de un texto de Brecht o Valle-Inclán. Representados sin alegría, pierden mucho de su arte primero. Y así es como parece que las obras de nuestros clásicos están escritas hoy día para ser destinadas a una juventud preparada y no politizada. Esta clase de juventud, creo yo, hace que los clásicos triunfen. Así lo he visto en muchas plazas de pueblos y ciudades no sólo españolas, sino extranjeras. Seguramente Jean Vilar y María Casares se rodeaban o no de juventudes universitarias para los festivales de TNP de París, que tenían lugar en Avignon, por estas mismas razones. Concretamente, mis experiencias en calles y plazas andaluzas y españolas no han podido ser más alentadoras. Recuerdo la primera que tuve en la Acera de la Marina, de Málaga, con el auto de «La sibila Casandra», de Gil Vicente, con casi toda la gente de los barrios malagueños rodeando el escenario, de pie; escenario colocado antes de entrar al Parque o a la Alameda malagueña. Noches inolvidables para todos, porque los versos diamantinos del poeta dramático portugués sonaban, dichos por la juventud, casi con la suavidad y ritmo del mar cercano. Era este sonar tan ingenuo como pudiera serlo el rumor de los ángeles o el rezo de los salmos. Lo cierto es que penetraba en la

conciencia de aquel pueblo, hasta sugestionarlo de tal manera que todos, público y actores, nos vimos sobrecogidos por la

emoción de ver a gente sencilla arrodillada, al final del auto, ante la aparición del Nacimiento de Jesús.

Casos semejantes he visto en los más dispares lugares, desde en una plazoleta que tenía como fondo la sierra minera de Orgiva, hasta corralones decrepitos, que en un tiempo fueron cuartel de la Guardia Civil, como en Puente Genil, donde vi llorar a los más viejos del lugar ante las representaciones del romance anónimo «El conde de Alarcos». Todo por obra y gracia de una juventud que sabía como nadie darle espontaneidad y lozanía a la verdad poético-dramática que tienen los clásicos más verdaderos, tan verdaderos a veces como para ni firmar sus textos; clásicos que, en estas ocasiones, creo que no fueron manipulados.

En nuestro año ochenta la juventud salmantina se adelantó, desde la Universidad de Salamanca, a ofrecer un homenaje a Calderón con motivo del tercer centenario de su muerte, montando el auto sacramental titulado «Los encantos de la Culpa», que fue representado, además de en las aulas salmantinas, en lugares tan sugerentes como en los viejos y bellísimos muros del monasterio cisterciense del siglo XII de Moreruela, provincia de Zamora. Nuestro clásico, en esta ocasión, tomó un aspecto mágico. Las voces de nuestra juventud, matizadas con pureza y sencillez, declamaban con humildad franciscana los no menos franciscanos versos calderonianos, que en este texto existen dentro de su barroquismo. No es extraño esta existencia en un poeta como Calderón, de tan ilimitados conceptos y riqueza lingüística.

Habría que haber visto a nuestra juventud proyectar su pequeño arte de actores sobre los muros de lo que queda del monasterio cisterciense, tan sugerentes como mágicos. Ya llegando la luna a los muros, a pesar de las proyecciones luminotécnicas de la técnica actual, creíamos ver pasar, con nuestros actores, un desfile de aquellos frailes del siglo XII; creíamos encontrar el eco de sus cánticos y de sus alabanzas entre la bellísima unión de los versos calderonianos y las voces de nuestra juventud. Noche estrellada y singular, que llevaba al pueblo de hoy hacia profundas reflexiones de lo que somos, porque allí se exponía con serena claridad la lucha del hombre con la vida y con la muerte, con el pecado y la virtud. Nos resultaría extraño creer que el pueblo de hoy también pueda pensar en el fin último del hombre.

Me pregunto, a pesar de todo, si la política del tiempo no nos sigue utilizando a todos, pero a pesar de la política, sean como sean sus directrices, yo y otros muchos seguiremos pensando que no tenemos más remedio que desenterrar los tesoros que existen en gran parte de las obras de nuestros clásicos, para que sean recogidos por las conciencias de ese pueblo que tanto los necesita y tanto necesitamos. Creo que en ninguna grave crisis de nuestra Historia nos necesitamos todos tanto como ahora.

José MARTIN RECUERDA

EN POCAS PALABRAS
MUCHAS SOLUCIONES

ANUNCIOS POR
PALABRAS
DE
ABC